

**Performatividades discursivas en la primera etapa de Abuelas de Plaza de Mayo.
Un abordaje de *Botín de guerra* (1985)**

María Marta Quintana¹

Resumen

Botín de guerra, el primer texto institucional de Abuelas de Plaza de Mayo (APM) fue preparado por Julio Nosiglia durante 1984 y publicado al año siguiente. Esto significa que coincide con la publicación del Informe Nunca Más, pero a diferencia de este último se centra exclusivamente en la desaparición de niños durante el terrorismo de Estado y son las Abuelas –como Asociación- quienes toman la palabra en su condición de víctimas. Para ese entonces, APM llevaba siete años de trabajo como organización de derechos humanos, veinticinco localizaciones y una trayectoria considerable en la reconstrucción del modus operandi de la dictadura en lo concerniente a las apropiaciones de niños.

Ahora bien, tomando como objeto dicha publicación, y combinando diferentes perspectivas de análisis y teoría del discurso, en este trabajo se busca llevar a cabo una consideración detenida del dispositivo enunciativo del texto, haciendo foco en particular en la puesta en género, en la retórica testimonial y en el proceso de narrativización de la experiencia, con el propósito de analizar el proceso de subjetivación político-identitaria de APM y sus estrategias discursivas en el contexto de la transición democrática. Pues se entiende que si bien la Asociación emerge condicionada por el campo discursivo de la dictadura, opera una serie de desplazamientos cruciales en torno de la relación familia-estado e identidad.

¹ Prof. de Filosofía (UBA). Maestranda en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural (IDAES/UNSAM); doctoranda en Filosofía (UBA). Becaria CONICET. Docente de la Universidad Nacional de Río Negro y de la Universidad Nacional del Comahue.

Performatividades discursivas en la primera etapa de Abuelas de Plaza de Mayo. Un abordaje de *Botín de guerra* (1985)

Introducción

El primer texto institucional de Abuelas de Plaza de Mayo (APM) fue preparado por Julio Nosiglia durante 1984 y publicado al año siguiente. Esto significa que coincide con la publicación del Informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas, pero a diferencia de este último se centra exclusivamente en la desaparición de niños durante el terrorismo de Estado y son las Abuelas –como Asociación- quienes toman la palabra en su condición de *víctimas*. Teniendo en cuenta el contexto de publicación, es posible presumir que en tanto iniciativa institucional *Botín de Guerra* (BG) tuvo entre sus finalidades aportar a la masa testimonial que serviría de base documental para incriminar a las fuerzas castrenses durante el Juicio a las Juntas Militares, iniciado el 22 de abril de 1985. Puesto que allí donde otras fuentes fueron destruidas por los responsables de la represión, los actos de memoria, ya sea como instrumento jurídico y/o modos de reconstrucción del pasado, constituyeron una pieza central en el tratamiento de la represión ilegal durante la transición democrática. Para ese entonces, APM llevaba siete años de trabajo como organización de derechos humanos, veinticinco localizaciones y una trayectoria considerable en la reconstrucción del *modus operandi* de la dictadura en lo tocante al secuestro y sustitución de identidad de los nietos.

Ahora bien, en este trabajo interesa señalar que BG configura una trama de sentido, una puesta en orden de los acontecimientos (tanto de los secuestros como de las acciones de búsqueda), frente al vacío y al desajuste ontológico-discursivo generado por las desapariciones, que a la par constituye *performativamente* la irrupción en la escena pública de APM. A tal efecto, considerando que el objetivo central de la publicación es desenmascarar a la dictadura a través de la *voz* de las víctimas, convocando a la sociedad en la búsqueda de los niños e interpeándola para que condene moralmente a los militares, se analizan las estrategias discursivas que allí se despliegan. Más precisamente, al asumir que no hay historia por fuera de su “puesta en relato” y que existen dimensiones lingüísticas, culturales, políticas, sociales que constituyen la –normativa- condición de posibilidad, o mejor, de inteligibilidad, de cualquier relato identitario, se busca llevar a cabo una consideración detenida de la puesta en género testimonial, en tanto componente crucial de la construcción disputada del contenido discursivo, y de los procedimientos retóricos del texto. Asimismo, nos proponemos analizar las estrategias de *narrativización* de la experiencia, que al mismo tiempo que dan forma a la denuncia de que así como hubo un plan sistemático de desapariciones, y no “excesos” o casos aislados, también funcionó un dispositivo estatal destinado al robo de niños, dan cuenta de la emergencia y el proceso de conformación de un movimiento de mujeres que se va consolidando como un colectivo de enunciación en antagonismo con el “Proceso de Reorganización Nacional” (PNR).

La puesta en género

Si se considera que BG tiene como uno de sus propósitos principales persuadir al conjunto de la sociedad de que los niños están vivos y deben ser restituidos a sus familias biológicas, resulta preciso reparar en el encuadre testimonial. Pero no porque se trate de una mera cuestión de ‘forma’ del discurso, sino de reflexionar sobre su producción y las *condiciones culturales y políticas que lo vuelven creíble* (Sarlo, 2005: 25). En un contexto de disputa por la *verdad* –que se desplaza desde los años de la dictadura hasta bien entrada la democracia-, en el marco del cual los represores (y sus encubridores) desestimaban la existencia de desaparecidos y la apropiación de niños, justificaban las acciones represivas según la cifra de la “guerra sucia” y desautorizaban a las “locas” de la Plaza de Mayo, los grupos de familiares, en este caso las Abuelas, no sólo tuvieron que construir un principio de lectura alternativo al del PRN –como veremos más adelante-, sino, fundamentalmente, la legitimidad de su lucha. Para eso debieron tomar la palabra, transmitir sus experiencias y construir el *ethos* público de la Asociación.

Si bien la posibilidad de dar testimonio requiere de un tiempo de elaboración, de toma de distancia entre el presente y el pasado, BG presenta una serie de testimonios, que conjurando la incertidumbre y el sinsentido producidos por las desapariciones *performan* una puesta en orden, en perspectiva, de las diversas experiencias de búsqueda individual y colectiva –y de los obstáculos afrontados durante la dictadura, aunque también con posterioridad, para llevar adelante la lucha y esclarecer la verdad-, pero *como si* se tratara de un relato que se cuenta por “primera vez”. En este sentido, lo que interesa advertir es la dimensión “estratégica” –y por ende la contingencia- que supone el encuadre genérico en relación con su impacto en el presente de la enunciación. Porque si bien esta primera publicación podría haberse cifrado mediante algún género expositivo, considerando la trayectoria de trabajo con que ya contaba APM al momento de la edición, se realiza desde la lógica compositiva del relato testimonial –posiblemente por las condiciones de credibilidad y emotividad que éste presupone-, apelando al efecto de lectura (y narración) que supone contar y escuchar por “primera vez”. Pues a diferencia del *Nunca Más*, que si bien está compuesto de manera predominante en base a testimonios de sobrevivientes, familiares de desaparecidos, incluso de represores –pero anexando además documentos, gráficos cuantitativos, fotos, croquis de los centros clandestinos de detención-desaparición-, se organiza con una lógica expositivo-clasificatoria, que favorece el efecto de comprobación de los crímenes, BG da a conocer las historias de vida dañadas por el régimen represivo a través de narraciones testimoniales extensas. Y aunque ello no implica abdicar de construir y ofrecer secuencias explicativas –como tampoco el informe economiza en dramatismo-, teniendo en cuenta que los géneros no son ‘puros’ sino que están conformados por diferentes secuencias textuales (Adam, 1999) y escenografías (Maingueneau, 1998), se privilegia el efecto emotivo de la carta abierta, que exhibe la “realidad en bruto” de un colectivo de mujeres que buscan desesperadamente a sus nietos y llaman a la concientización social.

Estas operaciones compositivas permiten afirmar que la elección genérica también está informada por los “[...] usos, efectos e impactos del testimonio sobre la sociedad y el entorno en que se manifiesta en el momento en que se narra, así como las apropiaciones y

sentidos que distintos públicos podrán darle a lo largo del tiempo” (Jelin, 2001: 80). Puesto que si bien “[l]a narrativa que está siendo construida y escuchada es el lugar donde, y consiste el proceso por el cual, se construye algo nuevo” (Jelin, 2001: 84), es la actualidad social, política, cultural la que hace posible no sólo su emergencia, sino también su difusión, mediante marcos y encuadres disponibles que –potencialmente- conllevan la capacidad de ser escuchados por interlocutores/as ‘ajenos/as’ a los hechos que se narran y a quienes es preciso persuadir. Como indicábamos más arriba, esto implica reconocer que la función *performativa* del texto también debe ser analizada en su genericidad, porque si bien BG *escenifica* el relato de una ‘intimidad’ que habiendo sido violada por la dictadura ‘sale’ a la luz pública, es de suyo una narrativa *pública* que se configura como resultado de una experiencia de violencia política.

A tal efecto, es preciso desnaturalizar la puesta en relato de BG y sus respectivos mecanismos retóricos como un habla despolitizada, producida exclusivamente desde ‘lo privado’, para reflexionar sobre las condiciones de enunciación socialmente aceptadas, es decir, sobre la eficacia simbólica y el impacto de esa forma de narrativización en el presente de la publicación (puesto que si el tiempo propio del recuerdo es el presente, entonces es posible identificar estrategias en el momento en que el recuerdo se apodera del presente y viceversa). Porque el testimonio no sólo se compone de “[...] lo que un sujeto se permite o puede recordar, lo que olvida, lo que calla intencionalmente, lo que modifica, lo que inventa, lo que transfiere de un tono o género a otro”, sino también de lo que debe ser enfatizado a propósito de una acción política o moral en el presente (Sarlo, 2005: 80). Por lo tanto, aunque APM irrumpen en el espacio público en nombre de una experiencia íntima, familiar, apolítica; sin embargo, y en función de comprender el régimen de veridicción que articula, es preciso reconocer –como profundizaremos más adelante- que pone en escena un discurso que *antagoniza* políticamente con la dictadura, que se apropia de sus significantes claves e invierte sus cargas valorativas. Y que asimismo, en la medida en que no hay esencia del pasado para aprehender mediante una narrativa de la memoria, ni posibilidad de síntesis totalizadora ni de exhaustividad, se construye como comunidad discursiva –y afectiva- por lo que recuerda, olvida, calla, modifica y transfiere de un tono o género a otro.

La retórica testimonial

Como se destacó con anterioridad, frente a la destrucción de evidencias incriminatorias por parte de las propias FFAA y de seguridad, los crímenes de la dictadura debieron ser reconstruidos mediante la producción de discursos testimoniales que obraron como prueba de lo que gran parte de los secuestrados habían padecido y de lo que sabían que otros soportaron hasta morir. Pero no sólo hablaron las víctimas ‘directas’ de la violencia represiva, es decir, aquellos que sobrevivieron a las torturas y tormentos sufridos al interior de los centros clandestinos de detención-desaparición, sino que además tomaron la palabra los familiares, narrando y reconstruyendo las experiencias de ausencia y búsqueda de los seres queridos. Estos últimos hablaron como testigos del encubrimiento, es decir, de la negativa por parte del Estado terrorista a brindar información, y por ende como víctimas ellos/as también de la trama clandestina desaparecedora. No obstante, la

condición de víctimas de los familiares, en este caso de las Abuelas, no resulta legitimada de suyo, sino que implica un esfuerzo retórico que resulta interesante analizar. Precisamente, esto nos permite identificar algunas cuestiones en relación con los mecanismos retóricos de BG. Por un lado, lo que Beatriz Sarlo –no sólo en las huellas de Primo Levi y Giorgio Agamben, sino también de Paul de Man y Jacques Derrida- destaca como un recurso propio del testimonio, esto es, la prosopopeya, figura que consiste en tomar el *lugar* del ausente, hablando por el que no sobrevivió, pero de quien, no obstante, tampoco hay posibilidad de representación vicaria (2005: 43). Por el otro, la construcción del *ethos* discursivo (Maingueneau, 2002). Si en el primer caso se trata de hablar *por* sus hijos y nietos desaparecidos, haciendo lugar a la *interpelación* del espectro (Derrida, 1998; 2003), a la demanda de justicia del ausente, del desaparecido (Quintana y Monteserin, 2011); en el segundo nos encontramos ante la necesidad de construir la legitimidad de la propia lucha en pos de la restitución de los nietos. Sin embargo, más allá del desdoblamiento de los dos procedimientos retóricos, esto es, hablar *por* (el otro) o hablar *de* (sí mismas), resulta insoslayable que la prosopopeya es el tropo central de la (ética y la política de la) memoria, pero no sólo en lo que concierne a la presencia del ‘otro’ en ‘nosotros’ (tanto como *diferencia* de un presunto ‘sí mismo’ como en lo tocante a una *alteridad*, por cierto, irreductible al trabajo del duelo), sino en lo que respecta al decir sobre ‘sí mismo’ cuando se habla por el otro. Esto nos da pie para afirmar que es en la superposición de estas dos operaciones retóricas que los testimonios de BG, a la vez que constituyen una *performance* que incumbe a las memorias de los desaparecidos, a la rememoración de ellos y por ellos, también atañen, incluso con mayor urgencia política, a la configuración identitaria de APM y a la memoria de la propia institución. En este sentido, las memorias biográficas que recoge Nosiglia *trabajan en* el entrelazamiento de la (función de la) prosopopeya con la construcción del *ethos* discursivo de la Asociación, poniendo en circulación diversas *voces* –y máscaras- como en el siguiente fragmento de BG:

Estamos empeñadas en la búsqueda desesperada de los niños desaparecidos. *Doblemente madres, despojadas hasta de los retoños de nuestros hijos*, la angustia se hace a veces insoportable, las ausencias laceran. Pero debemos continuar andando, porque hay que encontrarlos. [...] No hay tiempo para el descanso. No hay tiempo para nada de lo que constituyó nuestra vida. Porque es así: *nuestra vida se divide en antes y después*. [T]odavía nos resta encontrar a centenares de ellos y a sus padres y a miles y a miles más. En definitiva, con nuestras ansias de libertad, de verdad y de justicia, *no somos más que abuelas* que luchamos para que los niños secuestrados sean devueltos a sus legítimas familias, para que aparezcan con vida los hijos desaparecidos, para que sea liberado hasta el último de los presos políticos, para que se desmantele realmente el aparato represivo y *para que nunca más se repita este horror dantesco* que vivimos (citado en Nosiglia, 2007: 81-83; el subrayado es nuestro).

El fragmento llama la atención sobre la condición de víctimas “despojadas”, no sólo de los hijos sino también de los nietos: “doblemente madres” y por ende *doblemente* víctimas de la desaparición. De esta forma entra a jugar la prosopopeya como posibilidad (siempre contingente) de decir, de testimoniar, por el que no está, de tomar su lugar. Pero

en tanto ese ‘tomar su lugar’ no puede sino estar destinado al fracaso de la literalidad, dado que el lugar del otro es irremplazable, el recurso se (y nos) desvía hacia una suerte de *dislocación* tropológica –y topológica- *entre* la memoria de los desaparecidos y la memoria de APM². En este sentido, se trata de una multiplicidad de fantasmas que ‘toman voz’ mediante el recurso de la prosopopeya: fantasmas de los muertos-desaparecidos y fantasmas de las mujeres cuyas vidas se dividen en “un antes y un después”, en un pasado y un porvenir.

Finalmente, haciendo progresar el análisis del fragmento citado, resta reparar en la apelación *ambivalente* a una posición de sujeto que estaría justificada por sí misma, esto es, “no somos más que abuelas”, pero que, no obstante, es seguida por una caracterización que remite a una rearticulación (o subjetivación) contrastante con esa imagen inicial que apela al *ethos* y al *pathos* de la ‘abuelitud’ social y culturalmente instituidos, al afirmar: “luchamos para que los niños secuestrados sean devueltos a sus legítimas familias, para que aparezcan con vida los hijos desaparecidos, para que sea liberado hasta el último de los presos políticos, para que se desmantele realmente el aparato represivo y para que nunca más se repita este horror dantesco que vivimos”. La ambivalencia (auto)identificatoria que explicita este fragmento es paradigmática del esfuerzo retórico que recorre BG, *entre* la producción de imagen de abuelas ingenuas, mayores, inexpertas en política, amas de casa y mujeres que buscan, siguen pistas, desenmascaran a los responsables, demandan justicia. Ahora bien, esta caracterización (sincrónica) es exhibida en la publicación como resultado de un proceso (diacrónico) de transformación, de secuenciación narrativa, sobre el que nos detendremos en el próximo apartado.

La narrativización de la experiencia

Toda *historia de vida* es una historia *contada*, que se configura mediante modulaciones discursivas que hacen de ella *una* historia inteligible. En este sentido, la “puesta en orden” de la vida supone la construcción de algo que como tal no preexiste al trabajo de la narración, en otra parte, por fuera del relato. Lo que implica reconocer que las Abuelas ‘entran’ en la historia haciendo una narrativización de su lucha que se despliega desde el derrumbe de las certezas y el sinsentido motivado por las desapariciones –siendo su condición de posibilidad-, hasta la elaboración de una nueva clave de lectura antagónica a la del PRN, sujetándose a una organización impuesta por el discurso. En un paralelismo literario, podríamos decir que el relato se desarrolla desde el momento *Hamlet* hasta el momento *Antígona*, desde el mundo/tiempo salido de quicio –a causa de un grosero crimen y un grosero engaño que el fantasma del Rey muerto intima a reparar-, hasta el enfrentamiento del poder político para enrostrarle otra verdad –como diría Michel Foucault para oponer “una verdad sin poder a un poder sin verdad” (2003: 66)-, apropiándose, de ese modo, del derecho a juzgar. Así, la narración avanza desde la *dislocación* radical de un orden de comprensión *dado* hasta la elaboración de un discurso y una verdad alternativos, resultante de un defasaje, de un desajuste *trágico* entre

² Siguiendo a Derrida, en tanto la congregación del Ser y de la memoria totalizadora son imposibles, esa dislocación tropológica es otra inflexión (*performativa*) de la memoria. Más precisamente, su condición de posibilidad (1989: 36).

Lenguaje y Sujeto (Rinesi, 2005: 30), aunque a la vez *condición de posibilidad* de un proceso de subjetivación política.

Desde el punto de vista compositivo, BG construye una *trama* narrativa, que a través de una concatenación de testimonios individuales, cada uno con su propia unidad narrativa, pero secuenciados, intervenidos y reforzados por la voz organizadora del compilador –quien, modalizado como una voz *en off*, entrelaza los relatos a lo largo de toda la publicación, generando un efecto coral, polifónico-, hace progresar la historia colectiva de la Asociación por medio de la articulación de las dimensiones cronológica y configurativa del relato (Ricoeur, 1999: 157). Por lo tanto, atender a la imbricación de estas dos dimensiones posibilita desnaturalizar la secuenciación cronológica institucionalizada –que incluso funciona como justificada de suyo en gran parte de los estudios sobre historia reciente-, y analizar el modo en que *la identidad de la historia también forja la del personaje* (Ricoeur, 1999: 218) –pero aclarando que admitir el entrecruzamiento entre vida y relato, es decir, entre vida y ficción, no implica restar crédito al testimonio, sino, por el contrario, destacar tanto la dimensión configurativa de la experiencia que conlleva el trabajo narrativo como su impronta ética.

Precisamente, como señala Paul Ricoeur, el proceso estructurante de un texto se relaciona directamente con la *intriga*. Tal como la define el filósofo, ésta se caracteriza por operar una *síntesis* de elementos heterogéneos, a la vez concordante discordante y discordante concordante, entre los acontecimientos y los incidentes múltiples y la historia completa y una; o, si se prefiere, por transformar una multiplicidad de incidentes en *una* única historia. En consecuencia, un acontecimiento es más que algo que simplemente ocurre, en tanto es aquello que contribuye al progreso del relato así como a su comienzo y a su fin; siendo, correlativamente, la historia relatada más que la enumeración, en un orden serial o sucesivo, de los incidentes o los acontecimientos que ella organiza en un todo asequible (Ricoeur, 2009: 44). Y es ‘más’ que una mera secuenciación o sucesión de episodios, considerando que se trata de la dimensión *configurativa* de un sujeto, de una identidad –no sustancial- *narrativa*. En este sentido, las elaboraciones ricoeurianas acerca de la *mise en intrigue* permiten avanzar en el análisis de la actividad narrativa desplegada en BG, y en la emergencia del ‘sujeto’ APM, el cual, a medida que avanza el relato, no sólo va alcanzando mayor inteligibilidad, sino también, como *comprensión de sí*, mayores compromisos éticos y políticos.

Ahora bien, la publicación abre con el testimonio de María Isabel “Chicha” Chorobik de Mariani, presidenta de la Asociación por aquel entonces, el cual funciona como una suerte de ‘relato maestro’; puesto que en contraste con otros testimonios más fragmentarios y/o más subordinados a la organización conferida por Nosiglia, el relato de Mariani se despliega *in extenso*, instaurando –de ese modo y desde el comienzo mismo del texto- la marca de genericidad testimonial y exhibiendo un esquema narrativo tradicional: situación inicial, ruptura y transformación, que habrá de ponerse de manifiesto en los testimonios consecutivos. Desde un punto de vista macro, dicho testimonio se desarrolla encadenando una serie de sucesos que van desde (1) la ruptura de una situación inicial, cotidiana e idílica, causada por el bombardeo de la casa de su hijo y nuera, (2) la consiguiente desaparición de su nieta Clara Anahí y la incertidumbre sobre su paradero y (3) el despliegue más sistemático de la búsqueda y, correlativamente, la progresiva conformación del colectivo de Abuelas. Es decir, se trata, en tándem, del paso (siempre dilemático) del no-ser al ser y del no-saber al saber; o, lo que es lo mismo, de la

inacción a la acción y de la incertidumbre al sentido. Por consiguiente, aunque sin pretensiones de agotarlo, desagregar las partes de este ‘relato maestro’ permitirá visualizar determinadas *regularidades* que recorren el resto de los testimonios que conforman BG, y que a su vez ponen de manifiesto una determinada *semántica de la acción* y la intelección en relación con la legitimación de la lucha de APM.

(1) Situación inicial y quiebre

Todo ocurrió un miércoles 24 de noviembre. Los miércoles eran los días que traían a mi nietita a mi casa. Era ese día en el cual yo no trabajaba en el colegio por la tarde. Mi nuera –adorada por nosotros como una hija– la traía enseguida de almorzar y yo la bañaba, la cuidaba, conversábamos... Tenía tres meses. Ese miércoles, como siempre, las estaba esperando. [...] Al otro día, cumplí mis tareas en el colegio y me vine rápidamente, para tener todo listo, sobre todo el baño para la nena, porque pensaba que me la traerían más o menos a las dos de la tarde. Preparé todo y me puse a tejer una batita color rosa... Y en eso, oí una bomba. Era la una y media más o menos y yo estaba esperando que de un momento a otro llegara Diana. Sentí esa bomba y enseguida otra y otra y otra. [...] Por supuesto que no se me ocurría que pudieran ser ellos, de ninguna manera, pero... sentía una desesperación... De repente, no pude seguir tejiendo. Dejé todo suspendido. Ni siquiera terminé la hilera, la dejé en la mitad. Sin terminar de sacar un punto. [...] Así llegaron las cuatro de la tarde y seguía el bombardeo y yo... yo... yo lloraba. [...] Me quedé, al final, en mi casa, por si venía Diana: siempre esperaba que viniera Diana, con la nena. Y temiendo que pasaran cerca de... porque el bombardeo era para el lado donde ellos vivían, yo me daba cuenta de que era para ese lado. *Pero no llegaron* (citado en Nosiglia, 2007: 19-22; el subrayado es nuestro).

El episodio trágico se desencadena, entonces, a partir de una constatación: “no llegaron”, lo cual marca el ‘punto cero’ del relato testimonial, situándolo en el trastocamiento sorpresivo, impredecible e intempestivo de la cotidianidad. Como señalábamos más arriba, el proceso de narrativización comienza como resultado de la *dislocación* de un orden simbólico, de un horizonte de expectativas, en este caso asociado con los quehaceres de la ‘abuelitud’, irreversiblemente trastornado por el terrorismo de Estado. De hecho, la ‘espera’ no sólo constituye un tópico sobre el que vuelven los testimonios individuales a lo largo del relato global, sino que, más estructuralmente, es condición de posibilidad del *locus de enunciación* de APM y de sus estrategias de búsqueda. Entre las operaciones discursivas que el ‘relato maestro’ pone en juego resulta relevante la proliferación de detalles vinculados con la intimidad de la casa y cotidianidad de prácticas familiares –tales como cuidar la nena los miércoles, bañarla, preparar el almuerzo, conversar con la nuera, tejer, etcétera-, en tanto conforma un preámbulo que se estima necesario para escenificar el *ethos* –social y culturalmente- ritualizado de la ‘abuelitud’. Su rasgo estratégico se pone de manifiesto en el hecho de que la profesión docente de Chicha, en relación con la cual se declara haber tenido conocimiento de la existencia de secuestros y asesinatos, se adiciona casi como si fuese un ‘dato menor’,

[...] Bueno, claro, también tenía que computar esto: que siendo profesora del colegio secundario y de la universidad, poco a poco fueron matándome mis alumnos. Me iban matando alumnos y alumnos. Era cuestión de abrir el diario todos los días y ver cual alumno habían abatido el día anterior. Estaba destrozada con todo eso. Por eso pensaba, amargamente: –Serán algunos chicos. Pero nunca imaginé que fueran los míos (citado en Nosiglia, 2007: 21-22).

Este aspecto, que resulta fuertemente contrastivo con las imágenes domésticas de la descripción inicial, es introducido como una concesión, poniendo de manifiesto que el relato se organiza en torno de una elección –y simplificación- identitaria; puesto que si bien hay una heterogeneidad de rasgos vinculados con posiciones de ‘clase’ y ‘género’ (mujeres que trabajan, que tienen contactos políticos, el relato privilegia un efecto de lectura vinculado con el universo íntimo, familiar, quebrado. Así, mediante dicha opción estratégica, las Abuelas se *sujetan*, en tanto condición de posibilidad de la enunciación, a los estereotipos de ‘mujer-madre’ y ‘familia’ en el campo discursivo hegemonizado por la dictadura.

(2) Incertidumbre y sinsentido

En la economía narrativa del testimonio, la ruptura “original” constituida por la inexplicable ‘desaparición’ del matrimonio y su hija, se refuerza en el relato de la testimoniante a través de la proliferación de descripciones de escenarios cotidianos fatalmente afectados por allanamientos, secuestros, detenciones.

Estaba todo deshecho. El piso tenía una capa de restos de objetos. Los muebles, rotos. No quedaba un vaso, las copas, toda la vajilla, todo, todo, todo estaba destrozado. Cerámicas, cuadros, papeles, ropa. Todo roto y mezclado. Los bombones que yo había guardado para Diana se los habían comido y habían tirado la caja ahí. Se habían comido también todo lo de la heladera. Los restos del fiambre estaban también tirados. Habían sacado las botellas de aceite y las habían vaciado sobre el piso, sobre las alfombras. Las flores, las estampillas –yo coleccionaba estampillas– las habían tirado para arriba –era como si hubieran llovido en toda la casa– y también los libros y los discos. Como medio metro de cosas amontonadas sobre el piso... todo revuelto, con vidrios rotos... como si hubiera habido un cataclismo total (citado en Nosiglia, 2007: 21-22).

Si bien el primado del detalle puede afectar a la intriga por su abundancia realista, su proliferación resulta solidaria de la credibilidad del narrador y de la veracidad de su narración al clausurar imaginariamente las (posibles) fracturas de la intriga, fortaleciendo, de esa manera, el tono de verdad del relato; en tanto, como advierte Sarlo, “[...] el narrador que recuerda de ese modo exhaustivo no podría pasar por alto lo importante ni forzarlo, ya que eso que narra ha formado un pliegue personal de su vida, y son hechos que ha visto con sus *propios ojos*” (2005: 70).

Por otra parte, la acumulación y repetición de detalles se entrelaza con una gramática del despojo, la angustia, la detención del tiempo y la incertidumbre, evocando el tono del melodrama.

[...] súbitamente, noté –yo estaba en la cocina comedor– que el living se había llenado de hombres, con Itakas en ristre. Hombres vestidos de civil, enormes, grandotes... Contra las ventanas que daban a la calle, grandes, se veían siluetas de especies de monstruos, allí parados... Me asomé y uno dijo: –Capitán, aquí hay una. Entonces, le dije: –no diga una: soy una señora y soy la dueña de la casa. ¿Qué quieren? ¿Por qué han entrado así? El que se titulaba de capitán, respondió: –Venimos a hablar con usted. Era el único morocho: los demás eran rubios, grandotes y todos jóvenes. Yo... les dije de todo. Les grité, les dije que por qué venían, qué querían de mí si ya me habían llevado todo, si habían tenido el coraje de matar a la nena, de matar a mi hijo, de matar a mi nuera, de destruir mi casa. Les dije todo lo que se me ocurrió. Ellos me oían, nada más. [...] Fue un interrogatorio muy extenso, me preguntaron muchas cosas, donde estaba mi marido y todo eso, mientras un hombre grande, rubio, de ojos celestes –no me voy a olvidar más de su cara– revolvía mis cosas, los bolsitos llenos de papeles y de recuerdos que yo solía tener en mi escritorio (citado en Nosiglia, 2007: 26-27).

Como observa Daniel James, las convenciones del melodrama establecen una división maniquea del mundo, un conflicto entre el bien y el mal, que se expresa estéticamente en series de figuras estereotipadas, “[...] a menudo descriptas en términos rígidos e hiperbólicos y encarnadas en tramas estructuradas en torno de conjuntos de valores opuestos” (2005: 244). Desde este enfoque, la estrategia discursiva dominante de BG –apoyada en el melodrama como escenografía genérica– radica en construir una nueva estructura binaria que confronta a las Abuelas (junto a sus hijos/as y nietos/as desaparecidos/as) con los represores, mediante la exhibición de contrastes inconciliables al interior de un universo moral dislocado. En este sentido, como veremos en el siguiente capítulo, si la construcción de estereotipos por parte del discurso castrense –en la cifra ‘antisubversiva’– procuraba producir la identificación de ‘la sociedad’ con las FFAA, en BG se hace patente la impugnación de dichos estereotipos y la conformación de otros alternativos, no sólo en función de restituir la ‘humanidad’ de los desaparecidos, sino de apelar a los ‘nuevos’ valores de la Argentina post-dictatorial y provocar la *empatía* del lector con las Abuelas. A tal efecto, entonces, el tono melodramático resulta fructífero por la imagería de género que activa, en el marco de la cual las mujeres sufren por la pérdida de la felicidad hogareña, familiar:

[...] Yo no podía contenerme, les enrostraba que habían matado a mi familia, me puse contra la pared y les dije que me mataran... total, ya me habían matado, al matarme a mis hijos me habían matado a mí, que no era más que una cáscara vacía... de manera que terminaran la obra matándome allí mismo... eso les dije... llorando desesperada... llorando desesperada (citado en Nosiglia, 2007: 27).

Ahora bien, el encadenamiento de esas operaciones que narrativizan la ruptura del orden simbólico y la falta de un principio de inteligibilidad acorde a los acontecimientos, *performa* lo que Mercedes Barros identifica como *experiencia de la falta*, de la ausencia, vinculada con la trama de silencio y confusión deliberada que rodeaba los operativos represivos (2012: 163 y ss.).

Creímos que habían muerto los tres. También la nena, con semejante horror. En algunos diarios se decía que estaban los dos muertos –mi hijo y mi nuera– y de la nena no decía nadie nada, ni una palabra sobre ella en ningún lado. Por ahí, en uno de los diarios, había dicho un vecino que había visto sacar un balde con algo que creía que era el cuerpo de la nena. Entonces me fui con mi consuegro a la comisaría Quinta de La Plata a preguntar y a pedir los cuerpos y me dijeron que ellos se ocuparían de todo y le dijeron a la mamá de Diana que no la pidiera porque estaba carbonizada, que se había quemado y que no quedaba nada de ella, que no le convenía verla. Entonces, yo dije: ¿Y mi hijo? Me contestaron: –Su hijo, está peor. Insistí: ¿Y la nena? Me dijo el policía: –¿Qué nena? Le digo: ¿Cómo qué nena? Mi nieta. Me respondió: –No, no, ahí no había ninguna nena (citado en Nosiglia, 2007: 23).

No obstante, los testimonios traen a la memoria el comportamiento de los vecinos, de la prensa, de las propias autoridades y personal militares y policiales, no sólo reforzando la escenificación del clima de confusión y terror vivido, y la consiguiente dificultad para explicar-se las desapariciones con significantes disponibles (muertos; exiliados; etcétera); sino también para potenciar el momento de inflexión, de *insight*, en el que se arriba a una primera comprensión, e incipiente transformación narrativa, respecto del funcionamiento del régimen de saber/poder del PRN.

Y fue por entonces también que recibí una llamada telefónica de una amiga que me tenía una noticia: la noticia era que una persona de su amistad había sabido, por intermedio de otra –un jubilado policial conectado con el comisario Sertorio, de la seccional Quinta– que la nena estaba viva. Me decía que la buscara. Con muchísimo miedo me dijeron esto, con muchísimo miedo... pero me trajeron la vida. Entonces fui a hablar con ese comisario. Y él me dijo que sí, que estaba viva... pero que si él lo tenía que decir ante alguien lo iba a negar (citado en Nosiglia, 2007: 26).

En este sentido, se agrega la coexistencia ambivalente de la negación absoluta y el reconocimiento *parcial* de la responsabilidad de las FFAA y de seguridad a propósito de las desapariciones de los adultos y los niños. Como consecuencia del efecto *escindente* de ese régimen de saber/poder, desde la perspectiva de BG, la incertidumbre tuvo que volverse productiva para dar paso a acciones de búsqueda más sistemáticas, primero individuales y luego colectivas, las cuales, en función de la dimensión clandestina del aparato represivo, son (re)construidas según una lógica de expectación que se fusiona, a su vez, con la transformación del no-saber en saber y con el paso del no-ser al ser.

Hasta este punto del relato, entonces, se esboza una escena inicial que recrea el clima de incertidumbre y sinsentido, preparando las condiciones para el desarrollo del momento siguiente, en el que se dará una inversión de esos elementos para desembocar en el “aquí y ahora” de la enunciación (APM), iluminando el paso de lo individual –caracterizado como soledad, desolación, aislamiento- a lo colectivo.

(3) Búsqueda y (devenir de la) transformación

La matriz narrativa adoptada en el texto permite desplegar, frente a la escenificación anterior, que sirvió para generar una determinada disposición en el lector, un movimiento ascendente, de resurgimiento, que se narrativiza en las búsquedas iniciadas, pero que va dando cuenta de un doble movimiento: la obtención de una certeza de la apropiación –materializada en la segunda parte de “reencuentros”- y, como proceso paralelo y necesario para los logros, la conformación de la organización.

En función de ello, la narrativización de la experiencia genera un efecto de acumulación de peripecias –por medio de la secuenciación y dosificación de la información-, de hechos afortunados y desafortunados, que se estructuran en torno de la tensión intento-fracaso-reintento, lo cual no sólo forja la impresión de perseverancia de APM, a pesar de los múltiples obstáculos tendidos por el aparato represivo, sino que además causa un mayor efecto de evidencia sobre la responsabilidad de las FFAA respecto de las apropiaciones y las complicidades de diversos sectores sociales con la dictadura.

A tal efecto, la *repetición* de los derroteros de las Abuelas en la búsqueda de los/as niños/as, esto es, visita a dependencias militares y/o policiales; entrevistas con miembros de la Iglesia; visitas a Tribunales; presentación de hábeas corpus en Ministerios; visitas a hospitales, casas cuna y asilos; entrevistas con jueces de minoridad, con la consiguiente negación y/o obtención parcial de información, no sólo ponen de relieve las *regularidades* entre los diferentes casos que aborda la publicación, sino también las tramas institucionales, construyendo un mapa del dispositivo desaparecedor-apropiador. Sin salir entonces de la lógica del relato, pese a que las instituciones funcionan en la renegación de la responsabilidad de las FFAA, de las peripecias van emergiendo evidencias, datos furtivos, que permiten recuperar progresivamente la certidumbre que recompone el “mundo salido de quicio”: el secuestro y la sustitución de identidad de los nietos. Si bien en un primer momento la negación y la incertidumbre son mencionadas en función de la parálisis que causaban, también propician, a partir del “consabido peregrinar” (Nosiglia, 2007: 76) de las Abuelas, los primeros encuentros con otros familiares y la construcción de un ‘nuevo’ un principio de lectura *opuesto* al del PRN. En relación con esto último, aunque nos detendremos en el capítulo siguiente, no es la mención de las instituciones en sí mismas lo relevante, sino el hecho de ir presentándolas en un lugar de antagonistas en el esquema narrativo, como obstáculos a la verdad. Justamente, porque en eso consiste la apelación a la lógica del testimonio como modo más eficaz de denuncia –evidenciando, como decíamos más arriba la función crucial de la ‘puesta en género’ en la disputa por el contenido discursivo.

En lo que concierne a la conformación de la Asociación, mediante el desarrollo de esos itinerarios, el texto va escenificando en retrospectiva el encuentro de las mujeres que darán forma a la organización (y al discurso de APM que ya constituye un sujeto

colectivo en el presente de la enunciación), y son presentadas como condición de posibilidad para los logros posteriores. En el testimonio de Chicha Mariani el cúmulo de situaciones de frustración y soledad alcanza un punto de inflexión que le permite al relato global avanzar en dirección de la conformación del colectivo:

Allí comenzó otra etapa de mi lucha. Me encontré con una asesora de menores increíblemente humana, que me escuchó y tomó el caso como una verdadera jueza. Era la doctora Lidia Pegenaute, hoy –efectivamente– jueza. [...] Ella fue la que me lo dijo: –Hay otras dos señoras a quienes les faltan los nietos y que vienen también por este juzgado. Y agregó: –Usted está muy sola, señora. Yo le contesté: –Sí, claro, he quedado sola. [P]ero yo no captaba la sugerencia. Hasta que un día me di cuenta: –Pero es claro –me dije– podría encontrarme con otras abuelas y juntas podríamos hacer más (Chicha Mariani, citado en Nosiglia, 2007: 36-37).

Y aunque comparando unos testimonios con otros la estructura narrativa presenta fuertes regularidades –que a su vez configuran la sistematicidad de las prácticas terroristas que se denuncian-, en el marco global del texto la secuenciación de los testimonios genera un efecto de progresión de la historia colectiva, que tiene como *corolario* final la transformación de la búsqueda “a tuestas”, individual, inexperta, en búsqueda colectiva. (Como si se tratara de pequeños engranajes de relojería, que moviéndose en círculos (se) desplazan cada uno-y-conjuntamente (en) el tiempo).

De esta manera, a partir de las acciones y eventos relatados se produce la transformación del personaje individual, dando paso a la emergencia de una figura colectiva, esto es, la organización APM, que alcanza, por medio del trabajo narrativo, una nueva comprensión de sí, haciendo patente el desdoblamiento del ‘Yo’ de la narración/enunciación y el personaje (objeto del enunciado), el cual ahora, en posición de tercero respecto de ‘sí mismo’, puede afirmar:

A mí me parecía absurdo todo eso, porque yo, en aquel entonces, todavía no me daba cuenta de que realmente a los chicos se los querían quedar. Yo pensaba que los devolvían. Siempre pensaba que a la nena yo no la encontraba porque no sabía buscar. Fue en aquel primer momento, por supuesto, porque no sabía que existían otras personas buscando desaparecidos... [Yo] no me daba cuenta de muchas cosas, cuando me enteré de que mi nieta estaba viva no sabía por dónde empezar a buscarla, todo era nuevo para mí (Chicha Mariani, citado en Nosiglia, 2007: 33).

Así, en el mismo movimiento en que el Yo narrador individual deviene en Yo colectivo en el “aquí y ahora” de la enunciación, se produce una transformación radical del personaje, pasando del *ethos* inicial de la ingenuidad y la domesticidad a la organización política. En este sentido, si en un primer momento, asociado al despojo y a la experiencia individual, cada una de las Abuelas aparecía caracterizada en los lugares de la impotencia, a partir de la constitución del colectivo, se les atribuyen acciones cada vez más relacionadas con la esfera política y jurídica: marchan en la Plaza, redactan hábeas corpus, escriben cartas, solicitadas y petitorios, confeccionan archivos con los ‘casos’ de

cada niño o niña, identifican y denuncian judicialmente a los responsables; alcanzan reconocimiento internacional y asesoran a organismos abocados al cuidado de la infancia, incluso proponiendo modificaciones legislativas.

Por último, retomando a Ricoeur, resulta sugerente afirmar, por una parte, que la *inteligencia narrativa* permite aprehender con mayor eficacia y sabiduría (*phronesis*) que la inteligencia teórica, los aspectos éticos de la experiencia humana (2009: 46); posibilitando, en el caso de APM, reinterpretar su propia experiencia ética y política a través de la puesta en relato. Por la otra, que la “puesta en relato” hace que la contingencia del acontecimiento se transforme en “destino” (Ricoeur, 1996: 141).

Reflexiones finales

En este trabajo se buscó poner de manifiesto el modo en que en el plano de la enunciación y las estrategias retóricas de la publicación se advierte la emergencia y la configuración de APM como *una* respuesta posible a la *indecibilidad* ontológica de las desapariciones, a través de una *performance* que exhibe una progresiva rearticulación simbólica en términos de acción y conocimiento. En otras palabras, a partir del recorrido realizado es posible decir que el análisis del dispositivo enunciativo de BG –que aborda al texto en su carácter performativo y no como “fuente”- permite advertir el modo en que no sólo condicionadas por la dictadura sino también por el género testimonial y los recursos retóricos y narrativos que éste habilita, APM se configura discursivamente dando lugar a una nueva inteligibilidad y agencia imprevistas para los “textos” sociales y culturales existentes. Más aún, resulta factible afirmar que si bien por medio de dichos procedimientos retóricos y del trabajo de narrativización de la experiencia, las Abuelas ‘emergen’ sujetadas al nombre impropio de la víctima, progresivamente –en la narración- van adquiriendo el nombre propio de la Asociación.

Así, a través de una elección genérica testimonial que obtiene su legitimidad anclada en la primera persona de la experiencia y por medio de la dominancia estratégica de la inteligibilidad narrativa, BG desarrolla un principio de lectura, de intelección, referido al secuestro-desaparición de los/as niños/as y al *modus operandi* de la dictadura. En este sentido, mediante la producción y exhibición de *regularidades* en lo concerniente a las búsquedas de los nietos, y su continua repetición a lo largo de toda la publicación, el texto no sólo construye y denuncia la sistematicidad del robo de niños/as y el dispositivo de encubrimiento desplegado en torno de este, sino que además contribuye a *performar* la identidad de APM, que parte de una situación inicial asociada al ethos de la ‘abuelitud’ social y culturalmente esperado, se llega, por medio de un proceso de transformación del personaje, a la configuración de un nuevo ethos, que aún apelando a los sentidos tradicionales de la familia, tiene un carácter eminentemente político.

Por último, de esa narrativización de la experiencia de APM, es posible concluir que si bien el discurso de APM se configura en relación con un campo de discursividad hegemónico por el PRN, dicho condicionamiento, o mejor, *sobredeterminación*, sólo puede ser *parcial* en la medida en que también habilita la puesta en marcha de un proceso de reagenciamiento discursivo, de disputa por la verdad, la memoria y la justicia, que

entraña reafirmar la dimensión contingente de los discursos y el carácter precario de toda hegemonía.

Bibliografía

- ADAM, Jean-Michel (1999) *Linguistique textuelle. Des genres de discours aux textes*. Paris: Nathan.
- BARROS, Mercedes (2012) *The emergence and constitution of the human rights movement and discourse in Argentina*. Villa María: Eduvim.
- BUTLER, Judith (1997) *The Psychic life of the power. Theories of subjection*. Stanford: Stanford University Press.
- ___ (2001) *El grito de Antígona*. Barcelona: El Roure.
- DERRIDA, Jacques (1989) *Memorias para Paul de Man*. Barcelona: Gedisa.
- ___ (2003) *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva internacional*. Madrid: Trotta.
- ___ (1998) *Políticas de la Amistad. Seguido del oído de Heidegger*. Madrid: Trotta.
- FOUCAULT, Michel (2003) *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.
- JELIN, Elizabeth (2001) *Los trabajos de la memoria*. Colección Memorias de la represión. Madrid: Siglo XXI.
- LACLAU, Ernesto (1990) *New reflexions on the revolution of our time*. London: Verso. [(1993) *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión].
- MAINGUENAU, Dominique (2002) “Problèmes d’ethos”. En *Pratiques*, N° 113/114, Metz.
- ___ (1998) “Scénographie épistolaire et débat publique”. En SIESS, J. (ed.) *La lettre entre réel et fiction*, París : SEES.
- NOSIGLIA, Julio ([1985] 2007) *Botín de guerra*. Buenos Aires: Abuelas de Plaza de Mayo.
- QUINTANA, María Marta y Héctor MONTESERIN (2011) “Diapositivas espectrales: fragmentos para una interpretación de las desapariciones (o de lo siniestro fantasmático)”. En *Pasado Por-venir. Revista de Historia*, N° 5. Departamento de Historia, Universidad Nacional de la Patagonia SJB, Trelew.
- RICOEUR, Paul (1996) *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI.
- ___ (1999) *Historia y narrativa*. Barcelona: Paidós.
- ___ (2009) “La vida: un relato en busca de narrador”. En *Educación y política. De la historia personal a la comunión de libertades*. Buenos Aires: Prometeo.

RINESI, Eduardo (2005) *Política y tragedia. Hamlet, entre Hobbes y Maquiavelo*. Buenos Aires: Colihue.

SARLO, Beatriz (2005) *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Buenos Aires: Siglo XXI.